

Instituto Social León XIII
Centro para la Investigación y Difusión
de la Doctrina Social de la Iglesia



APORTACIONES DE LOS MODERADORES

1ª SESIÓN:

RAÍCES HISTÓRICAS, SOCIALES, CULTURALES..... DE LA VIOLENCIA.

Juan Souto Coelho y Víctor Renes
Instituto Social León XIII

Los Nuevos Escenarios de la Violencia en el 40 aniversario de Pacem inTerris
II Seminario de Doctrina Social de la Iglesia
Majadahonda (Madrid)
1ª SESIÓN - 25 de Enero de 2003

I. CONFLICTO Y CONVIVENCIA HUMANA

Las situaciones conflictivas son inherentes a la convivencia humana. Ésta es una primera cuestión importante, toda sociedad es conflictiva. Plantear la violencia como componente ineludible de las sociedades requiere conocer sus escenarios, para buscar en ese entorno las mediaciones idóneas para la resolución del *conflicto* que le da origen.

La existencia de conflictos en las naciones, los grupos humanos, las asociaciones, las comunidades y los pueblos no debe ser considerado necesariamente como la fuente del enfrentamiento por medios violentos. El conflicto está potencialmente instalado en las relaciones humanas al contemplar, desde la alteridad, la realidad humana, social, cultural, política, económica y religiosa, como *diversidad*. El “otro” y los “otros”, ya sean personas, grupos, naciones, culturas, ... existen y son percibidos de distinta manera; las expresiones ‘junto a’, ‘frente a’, ‘con’ ..., sirven para describir una percepción que además suele ser recíproca. Muchas veces, la constatación y el conocimiento de la existencia del “otro” como nación no confiere identidad, sino la percepción de amenaza, adversidad, explotación, dominación, peligro.

Es necesario abordar la violencia teniendo en cuenta esta realidad del conflicto, pues la paz no es ausencia de violencia, ni al revés, la existencia de conflicto no significa presencia de violencia. Por tanto, la cultura de la paz no puede buscar eliminar los conflictos de la sociedad, sino encontrar las bases para resolverlos de manera humana y no violenta.

En consecuencia, ¿es posible la paz? Esta interrogante no es elucubración, sino una pregunta que refleja angustia e impotencia ante la violencia que aparece fuera de nuestro alcance. Por otra parte entendemos que esta búsqueda de la paz no debe formar seres inermes para una sociedad imaginaria, desvalidos ante la magnitud de la violencia, y no preparados para la dura competitividad.

Estas son legítimas preocupaciones que hay que tener en cuenta para discernir la validez o la ingenuidad de las propuestas de paz. Por ello es oportuna la reflexión sobre los

mecanismos de la violencia y de la paz, pues de lo que se trata es de resolver los conflictos a “modo humano”.

II. DESENMASCARAR LOS MECANISMOS POR LOS QUE LA SOCIEDAD SE HA VUELTO VIOLENTA

1. Los actos violentos en nuestra sociedad no son hechos excepcionales.

Hablamos de violencia para referirnos a aquellas situaciones en las que alguien se mueve, en relación a otro, en el extremo de la exigencia de obediencia y sometimiento, cualquiera que sea la forma como esto ocurre en términos de suavidad o brusquedad y el espacio relacional en que tenga lugar.

Es la *negación del otro*, en el esfuerzo por obtener su obediencia o sometimiento, lo que caracteriza a las situaciones en las que nos quejamos de la violencia en las relaciones humanas.

En nuestras sociedades se da una presencia cotidiana de la violencia a pequeña y a gran escala:

- se asoma continuamente a la pantalla de nuestros informativos y se hace presente en nuestras calles;
- nunca las guerras se han cobrado tantas víctimas civiles como ahora, llegando a constituir el 90% de todas sus víctimas;
- la brutalidad de los enfrentamientos en todos los continentes sólo es pareja a la proliferación creciente de las armas y al odio de los corazones;
- genocidios por motivos étnicos, nacionalistas o religiosos son la paradoja de la globalización de la economía;
- ejércitos, guerrillas, grupos paramilitares, terroristas, protagonizan acciones cuyo común denominador es la muerte y el miedo;
- los atentados, secuestros, torturas y asesinatos siguen enlutando las familias y tienen como víctimas intencionadas a niños y mujeres;
- los derechos humanos e incluso el derecho humanitario de guerra brillan por su ausencia normalmente en estos conflictos.

2. Los mecanismos que justifican la violencia a pequeña escala son los mismos que la justifican a gran escala.

a. La violencia en nuestros contextos de vida.

Hay formas de violencia que pueblan a diario nuestros contextos de vida y que no siempre se conciben como tales: la violencia verbal, los chantajes, las manipulaciones, las insinuaciones y los rumores, las descalificaciones y las valoraciones despectivas, los fanatismos ideológicos y religiosos, la intransigencia, las expresiones racistas, xenófobas y sexistas... La vida cotidiana puede tejer por inercia redes de sutiles estructuras mentales y culturales de agresividad y violencia que no cooperan a la creación de una cultura de cooperación y de paz. Parece existir una tendencia creciente a resolver los conflictos entre las familias, las comunidades, los grupos y los individuos por la violencia y el uso de la fuerza, que hacen disparar los índices de inseguridad ciudadana y de criminalidad.

Sin salirnos del ámbito de lo cotidiano, hay que referirse también a la concentración de las noticias de la violencia, y su rápida expansión en internet, en dependencia de intereses económicos y financieros, que hacen de la violencia un espectáculo, un producto de consumo y una forma de diversión.

Hoy parece perfilarse un modelo de sociedad en la que se ha naturalizado la situación de dominio de los poderosos, marginando e, incluso, haciendo invisible la eliminación social de los débiles y de las minorías (*Ecclesia in America*, 63). Son muchos los ámbitos y realidades en los que parece incrustada la “cultura de la muerte” frente a la “cultura de la vida”. Pensemos, por un lado, en el trato dispensado a los ancianos, a los enfermos incurables, en especial a los enfermos de SIDA, la discriminación y la explotación sexual y laboral de la mujer y los niños; y, por otro, las minorías étnicas, los

pueblos indígenas, los movimientos migratorios, las persecuciones por creencias religiosas, ideológicas; consideremos, finalmente, el recursos a las torturas, la pena de muerte, las mutilaciones, invocados como medios para proteger la seguridad de la sociedad.

b. *La violencia estructural*

Cuando analizamos por qué un pueblo o una comunidad sucumbe a la tentación del uso de la violencia para hacer frente a una situación de injusticia económica, de miseria, de discriminación, observamos que se da en un contexto de ***violencia estructural***.

Más allá de las guerras abiertas como formas límite de violencia, y muchas veces en estrecha relación con ellas, hay formas de violencia que incluso causan más víctimas: la pobreza, el hambre, las diversas formas de exclusión, las oleadas de inmigrantes forzosos e hipotecados, las nuevas formas de esclavitud, ... Son todas ellas formas de violencia estructural pues se ejerce a través de las estructuras sociales, económicas, políticas y culturales.

Son formas de violencia enmascarada de la que nadie se siente responsable y a la que podemos llamar “estructura de pecado” radicada en el corazón y en la mente de los hombres como lugar donde empiezan todas las violencias, y plasmadas y realizadas en las estructuras de la sociedad. La institucionalización de sistemas, de grupos económicos y financieros que monopolizan el poder y las riquezas, llegando a estar por encima del marco político y jurídico legítimo, generan víctimas cuya victimación más importante es que no son contempladas desde la violencia estructural que las generan, llegando a ser consideradas como responsables de violencias que afectan a las sociedades cuyas estructuras y formas de vida son las causantes de su situación.

c. *La violencia en función de objetivos políticos.*

A la constatación y al análisis de la violencia estructural, en épocas sucesivas de la historia se han dado respuestas muy diversas. En los últimos decenios del pasado siglo, en diversos pueblos de América Central y del Sur han vivido revoluciones de liberación de tiranos y dictadores. Muchos cristianos se preguntaron sobre la legitimidad del uso de la violencia como instrumento de liberación de sus pueblos de la pobreza y del

subdesarrollo, así como de las férreas estructuras de los regímenes de la “Seguridad Nacional”.

Originadas igualmente por objetivos políticos, se han producido en la historia de los pueblos y naciones diversas formas de violencia: guerras locales, incluso guerras civiles, luchas étnicas y tribales, dictaduras, guerrillas y terrorismo de diverso signo. Pero estas formas de violencia deben ser vistas también desde el anverso, o sea desde los efectos que producen, como es la cantidad de presupuestos que absorben en vez de destinarse a luchar contra las situaciones de hambre y pobreza, el desplazamiento de millones de refugiados y el sacrificio de millones de indefensos, sobre todo a mujeres y niños.

Estas formas de violencia deben reclamar nuestra atención, como lo han reclamado grandes genocidios que marcaron el pasado siglo en nombre de la sacralización de una ideología convertida en “religión civil” como el nazismo, el fascismo, y diversas formas de marxismo-leninismo (p.e. Camboya).

d. La guerra

La guerra es la expresión más dramática de la violencia, en cuyas raíces se esconden muchas razones de distinta naturaleza. Como bien expone Juan Pablo II en *Centessimus Annus* (Cf.18-28), en la raíz de la guerra hay, en general, reales y graves razones: injusticias sufridas, frustraciones de legítimas aspiraciones, miseria y explotación de grandes masas humanas desesperadas, las cuales no ven la posibilidad objetiva de mejorar sus condiciones de vida por vías de la paz.

Una importante cuestión actual que nos interpela es la legitimación de la guerra, o sea el afrontar los conflictos por medio de la violencia en su grado límite, la guerra. Pero ante la guerra no sólo se plantea la legitimidad, o mejor aún su ilegitimidad, pues es la negación más radical de la forma humana de realizar las relaciones humanas; la cuestión más crucial es que si nos dejamos conducir por la violencia, la guerra, la negación del otro, para resolver los conflictos, es porque vivimos una cultura que ha aceptado tales procedimientos y que vive como una emoción fundamental la negación del otro.

III. LA NECESIDAD DE UN ENFOQUE INTERDISPLICAR

Aceptadas estas premisas es obligado dejar constancia de la complejidad del análisis de la violencia, sus causas y raíces. Complejidad por los múltiples elementos que entran en juego, y complejidad por la dificultad que en sí mismo esto implica. Todo ello obliga a un tratamiento riguroso de la violencia para no quedar atrapados por las causas próximas y visibles que reducen la comprensión de su realidad a lo que aparece. Es necesario llegar a los mecanismos sutiles e inconscientes de justificación que hacen lógico y coherente su ejercicio. Perspectiva tanto más necesaria cuanto que se trata de mecanismos sutiles que afectan por igual a individuos y colectivos, personas y pueblos.

En consecuencia, afrontar la violencia / la construcción de la paz supone poner en marcha un planteamiento interdisciplinar para proyectar luz sobre los mecanismos de la violencia y/o de su justificación. Esto es lo que pretendemos abordar en este primer paso que va a ofrecer el Seminario “Los nuevos escenarios de la violencia. En el 40 aniversario de *Pacem in terris*”.